

EL CORAZÓN PLATEADO

Tyto Alba, 06/04/2024

Una mañana inglesa de primavera, Albert salió del comedor de caridad en el que colaboraba desde hacía 27 años y atravesó el pueblo hasta llegar a su casa, sonriendo a todos los vecinos que se cruzaron en su camino. Abrió la portezuela azul de madera que él mismo había construido y pintado, cruzó el jardincito que él mismo había diseñado y cuidaba, palmeó la cabeza de su perro, sonrió a los retratos de sus dos hijas universitarias, besó a su mujer y se sentó a la mesa a compartir con ella la ternera asada con guisantes y puré de patata, el plato especial de los domingos.

Los 239 viejos del asilo “Verdes Colinas” compartían dos cosas: se aburrían, y adoraban a Albert. No sólo era el jardinero que había conseguido que los jardines del asilo ganasen el premio del condado durante los últimos 14 años, sino que a eso se sumaba su extraordinaria paciencia y capacidad para escuchar, acompañar, aconsejar y animar. Podría decirse que Albert velaba por cada uno de los viejos desde su pulcra casita situada en la zona alta de la finca. La frase más repetida entre los muros de “Verdes Colinas” era, sin duda, *“Este Albert tiene un corazón de oro”*. Al oírla, él soltaba una discreta carcajada y respondía *“¡Oh, no! Como mucho, debo tenerlo plateado”*. Dicen que todo el mundo tiene una pasión, y Albert sabía cuál era la suya: necesitaba sentir que hacía felices a los demás.

Aquella tarde, mientras cortaba unas rosas blancas, que él mismo había plantado y regado, para la señora Parker, que estaba últimamente algo desanimada, sintió que las piezas de su vida encajaban, y sonrió. Pero sabía que siempre se puede hacer más por los demás, era uno de sus lemas.

Pasó el verano.

Pasó el otoño.

Era diciembre.

La rutina diaria en “Verdes Colinas” era irreconocible. Entre comités de investigación, grupos de trabajo, patrullas de vigilancia y reuniones de coordinación, los viejos no tenían ni un minuto libre. Los antes apáticos ahora dirigían comités, los sordos habían activado sus audífonos, los enfermos pedían poder levantarse de la cama cuanto antes, y los inválidos hacían rodar sus carritos de un lado a otro. Nadie quería quedar excluido de las tareas. No se acordaban de hijos ni nietos, y las visitas pasaban el rato solas en la sala de espera. Los viejos tenían cosas más importantes que hacer que tomar té con pastas. La perpetua paz y armonía que antes reinaba en “Verdes Colinas” se había transformado en pura vida.

Albert estaba sentado en su sillón de pensar, que él mismo había restaurado y tapizado, bebiendo té de su taza de porcelana. Los hechos ocurridos en el asilo desde la primavera le habían resultado agotadores: el robo de joyas a la señora Brown y a la señora Jones, las cartas amenazadoras al señor Stevens, el intento de extorsión a la señora Palmer, y el secuestro y probable tortura del gato del señor Wilson no eran cosas que dejasen indiferentes a 239 viejos de entre 76 y 97 años.

Estos últimos meses, Albert había vivido por y para los viejos, atento a cada detalle, pendiente de todos. Pero los viejos se lo merecían, y estaba dispuesto a esforzarse al máximo por su felicidad. Quería que todo fuese perfecto. Anotó algunas cosas en su libreta roja de las cosas importantes y sonrió, satisfecho de sí mismo. Lo había conseguido.

Acababa de rematar el plan para el asesinato de Navidad en el salón de té.

A los viejos les iba a encantar.